



## Por Lola Correa

Las obras, tanto escénicas como literarias, deberían cuidar siempre el comienzo y el final. Un buen inicio engancha al espectador y un buen final lo deja con ganas. Por supuesto que lo que queda en medio también es importante, pero esto ya lo dijo Aristóteles en su Poética.

Matarile Teatro –compañía de la que a estas alturas no debería tener que hacer las presentaciones- siempre cuida mucho esto. En su último trabajo –*Los limones, la nieve y todo lo demás*– hay una entrada tan imprevista y arrogante como sencilla. Sobre y bajo la música de Eurythmics y su “Sweet Dreams” irrumpen en escena dos bestias escénicas, Ana Vallés y Mónica García. Si bien es cierto que el apoyo de una canción conocida (y maravillosa) ayuda mucho a caldear el ambiente, más allá de la imagen por la imagen y la estética por la estética, también la presencia física aporta, en un espacio enorme, blanco y sin demasiadas posibilidades para ocultarse, pues en esas circunstancias, o dominas muy bien el concepto -cuerpo en el espacio y espacio en el cuerpo- o se te verá el plumero antes de que Annie Lenox susurre la última nota.

La incerteza, la búsqueda y el planteamiento continuado de atravesarse la una a la otra subrayan este trabajo a dúo en el que descubrimos, una vez más, la calidad corporal de Mónica y la no menos versatilidad física de Ana. Ambas conjugan el verbo bailar de manera que sus cuerpos transmiten la fuerza y la fragilidad a partes iguales.

El resultado de este trabajo es una carrera lenta y precisa hacia la arrogancia escénica. Ana suele hacer esto muy bien: plantea conceptos profundos de manera cordial y juega con danza y pensamientos sesudos que todo el mundo decodifica perfectamente, de ahí que llenen los teatros -por lo menos en Vigo así lo hacen- de un público que las idolatra.

Por otro lado, hay que resaltar que atreverse con el amarillo en escena supone dejar de lado antiguas manías teatreras y apostar por un lenguaje exento de actitudes conformistas. Los limones dan la sustancia viva a la mortalidad del raposo en vías de extinción, en un espacio que se llena de alturas precisas a las que subirse huyendo de la realidad. La nieve, en vez de desangelar, ayuda a crear un tempo valsístico que choca con la potencia que retumba en el suelo al que cae.

La voz de Ana, sutil y humorística, descubre en medio del desierto blanco, la humanidad que el teatro aún debe mantener, porque la palabra sigue siendo un bien común.

No hay que olvidarse de uno de los grandes valores siempre en alza de Matarile: su diseño de luces, otro personaje vivo y presente, que no prepotente, porque deja hacer a las artistas con cuidado y con mimo extremos. Enhorabuena a Patiño una vez más.

Matarile no juega a hacer, sino que hace. Matarile no apuesta por un teatro del “todo vale” pues detrás de ese material escénico siempre se esconde la sinuosa sombra del meta-teatro, del qué, del por qué y del cómo.

Porque el teatro, sea moderno o antiguo, clásico o contemporáneo, no debe dejar nunca de ser lo que es: el lugar y la hora de la verdad.

CRÓNICAS DE Matarile Teatro

“Creación e interpretación: MÓNICA GARCÍA Y ANA VALLÉS  
Asistencia técnica: RICARDO SANTANA  
Iluminación, Espacio y Sonido en tiempo real: BALTASAR PATIÑO.”

FOTOS DAVIZ RUIZ

